

—Aquel... Mire V.: aquel perro negro que lleva delante, y que lo sigue á cuantas partes va; porque, mire V., caballero; desde que se murió, no para su cuerpo; anda que te anda, por aquí entro, por aquí salgo, sin decir esta boca es mía y sin cansarse; unas veces por el pueblo y otras por las huertas, no entra en ninguna casa, va y viene, y el perro siempre delante.

Hice nuevas preguntas, cuyas respuestas no me dieron más luz acerca de este extraño personaje, objeto de las más disparatadas imaginaciones por parte de las gentes sencillas; y como no tenía otra cosa que hacer, me dirigí hacia el punto de la plaza por donde acababa de desaparecer aquel muerto ambulante.

Me propuse seguirlo, examinarlo de cerca y despacio, dirigirle la palabra y obligarlo á hablar. Si era mudo, nos entenderíamos por señas; si estaba loco, tal vez no me fuera difícil averiguar la causa de su locura; y si en efecto era un ser del otro mundo, debía ser muy curiosa la razón que le obligara á permanecer todavía en este, después de haber pasado por el terrible trance de morir.

De todas maneras, una conversación con un difunto habría de ser forzosamente mucho más interesante que cualquiera de las que solemos entablar con los vivos.

## CAPÍTULO II.

### El hombre y el perro.

Llegué á la esquina de la plaza, y me encontré con tres calles que, partiendo de una misma confluencia, se extendían más ó menos tortuosas, separándose unas de otras conforme adelantaban, del mismo modo que los rayos de una estrella. Por lo que pude advertir, las tres iban á parar á las últimas casas del pueblo.

Tendí la vista por ellas en busca del hombre mudo, loco ó difunto que había visto cruzar la plaza con su saco de color de tierra y sus barbas de color de ceniza; pero inútilmente registré aquellas calles solitarias, pues había desaparecido, sin dejar señal ninguna de su paso.

Según la lentitud con que marchaba, no había trascurrido tiempo suficiente para que hubiera podido ocultarse en los extremos de las calles que alcanzaban mis ojos desde el punto en que me hallaba, y presumí que habría doblado alguna de las esquinas que formaban las callejuelas transversales.

No soy partidario de los términos medios; mas en esta ocasión, teniendo que elegir entre tres ca-



minos, opté por el de en medio, como el más estratégico para el éxito de mis pesquisas.

Penetré en la calle, atrayendo sobre mí las miradas curiosas de las vecinas, que, detrás de las puertas de sus respectivas casas ó bajo las cortinas que cubrían las ventanas, hilaban unas, cosían otras y miraban todas al través de sus grandes ojos negros guarnecidos de largas pestañas. Más de una vez interrumpí el hilo de las conversaciones que se cruzaban, entre las vecinas más habladoras, de ventana á ventana y de puerta á puerta. El ruido de mis pasos cortaba otras veces los caprichosos cantos con que las madres se obstinaban en acallar el llanto de sus hijos, meciéndolos en la cuna ó meciéndolos en sus brazos.

Seguía yo adelante mi camino, recogiendo esos ligeros detalles y observando al paso que las mujeres que iba viendo en el trascurso de mi expedición eran modelos de belleza. Allí donde el viajero no encontraba ningún monumento artístico que admirar, cada mujer era una estatua. Cabezas gallardas, ojos magníficos, facciones que parecían dibujadas por el lápiz de Rafael y animadas por las tintas suaves del pincel de Murillo. Á la sombra de las puertas, y bajo los pliegues de las cortinas que cubrían las ventanas, los semblantes se destacaban sobre un fondo oscuro que, dulcificando los contornos del dibujo, hacía más misteriosa y más artística la expresión de las figuras. En cada puerta y en cada ventana mi imaginación veía un cuadro, y reflexionaba cómo en la humilde calle de un pueblo ignorado puede encontrarse el viajero un Museo vivo.

Al mismo tiempo notaba que la calle por donde yo descendía no era calle, sino más bien un barranco que, interrumpido por la rambla que cruzaba

al pueblo, iba á perderse en los sembrados de la huerta.

Al elegir una de las tres calles que se me ofrecieron al salir de la plaza, había elegido indudablemente la peor, pues por lo que hace al hombre que yo buscaba, no parecía por ninguna parte.

Me hallaba sobre el punto más elevado de aquella especie de barranco, y me detuve para examinar el terreno, indeciso entre la idea de volverme ó seguir adelante; porque, disipada la impresión que el hombre de las barbas me había causado, comenzaba á parecerme una extravagancia el intento que había concebido.

Correr detrás de un mudo, de un loco ó de un muerto, sin más fin que sorprender el secreto que, á mi juicio, debía esconderse dentro de aquel ser cuya extraña presencia acababa de herir mi imaginación, no era por cierto un empeño sobradamente juicioso, porque, en verdad, pudiera ser muy bien que el infeliz no tuviera secreto ninguno que confiarme; y aun en el caso de que se encerrara en su vida algún drama misterioso y terrible, no me parecía natural que fuera á confiarlo á una persona para él desconocida, cuando, por lo que yo suponía, la historia íntima de su existencia no tenía más pormenores conocidos que aquellos que yo había oído en boca de los chicos al verlo pasar por la plaza.

Verdaderamente podía ser uno de esos locos inofensivos que suelen encontrarse en los pueblos pequeños del Mediodía de España, y cuya historia está reducida al relato, por lo común poco interesante de sus singulares manías.

He conocido uno de estos monomaniacos en un pueblo de la provincia de Murcia, y su locura consistía pura y simplemente en creerse murciélago;



el día lo pasaba en un desván de su casa, metido en un rollo de estera, y durante la noche vagaba por las calles del pueblo, hasta que los primeros resplandores del alba lo obligaban á volver á su escondite.

El hombre de las barbas podía muy bien pertenecer á esta clase de insensatos. Habiendo pasado por una enfermedad que lo condujo á las puertas de la muerte, como ya sabemos, hasta el punto de haberse dispuesto su entierro, el hecho, digámoslo así, de su resurrección haría que la sencilla credulidad de las gentes del pueblo lo mirara al principio con terror y después con retraída indiferencia. Él mismo, al encontrarse con vida, probablemente cuando menos lo esperaba, viendo el efecto que su presencia producía, excitada su imaginación, pudo muy bien llegar á creerse que era en efecto un ser del otro mundo, y con ese discernimiento particular con que los locos discurren acerca de sus propias manías, debió imponerse el obstinado silencio que guardaba, para acabar de persuadirse de que no pertenecía al número de los vivos. Si se había propuesto representar á sus propios ojos el fúnebre papel de difunto, no debe extrañarse que se encerrara en sepulcral silencio.

Como la vanidad es tan propia de la naturaleza humana, quién sabe si el extravío de su razón reconocería por causa la locura de la vanidad. No se renuncia fácilmente á la celebridad una vez adquirida, sea de la especie que quiera. Pasar entre los simples mortales que se arrastran por el polvo de la tierra por un ser extraordinario, fantástico y sobrenatural, que vuelve del otro mundo, es una gloria bastante rara, para que este hombre no quisiera conservarla. ¡Vamos!: era un loco que al volver á la vida se había dejado el juicio en la sepultura.

Así discurría yo, dando mis reflexiones por exactas, y decidido á abandonar la empresa de mis investigaciones, cuando al otro lado de la rambla, y en el último extremo de la calle, descubrí una casa de dos pisos, blanca como la nieve, pintados de un verde muy vivo los hierros de las rejas y de los balcones.

No me pareció una obra de arte digna de ser examinada de cerca; pero colocada sobre la explanada de una eminencia coronada de árboles, entre la población y la huerta, calculé, por la posición que ocupaba y por la parte de horizonte que yo descubría, que debía ofrecer bellos puntos de vista.

Con sus paredes blancas, sus tejas de barro encarnado y sus balcones verdes, saliendo al parecer de la lejana esquina de la calle, y dibujándose sobre el lienzo que formaban los sembrados que ascendían sucesivamente hasta cubrir la extensa loma de la colina lejana que cerraba el horizonte, podría creerse que aquella pequeña casa salía de la población en busca de las tranquilas soledades del campo.

Me dirigí hacia ella, y observé que conforme yo adelantaba en mi camino, la casa se iba separando de la población, como si en efecto huyera del pueblo.

Cuando llegué á las últimas casas, la vi detenerse como si me esperara, convidándome á recrear la vista en la extensión del paisaje bajo los árboles que la circuían.

Hubiera sido una descortesía no corresponder á esta muda hospitalidad, y comencé á subir la cómoda pendiente que conducía á la puerta principal de la casa, que estaba entornada. Allí me detuve, y apoyándome en el tronco de un frondoso nogal, dejé correr la vista á su capricho por los variados



accidentes del paisaje que se extendía delante de mis ojos.

Apoyado en el tronco del nogal, daba la espalda á la casa y tenía delante de mí un valle que se alejaba hasta trepar por la falda de la sierra, perdiéndose á lo lejos en un bosque de pinos, bajo cuyas verdes copas blanqueaban las humildes paredes de una ermita, empinando en el aire la modesta torre sobre los muros solitarios de un monasterio que la piedad había salvado de la rapiña y de los incendios de 1834.

La fe sencilla y profunda del pueblo guardaba escondido en aquel apartado asilo el santuario de su particular devoción, como si la piedad, huyendo de las ciudades tempestuosas, hubiera ido á refugiarse al seno tranquilo de la naturaleza. La comunidad que en él se albergaba había desaparecido; pero el monasterio subsistía.

Medio oculto el sol entre los celajes que cubrían el cielo, bañaba el paisaje con un tono de luz suave que ningún pincel humano ha sabido reproducir. Sobre el doble lienzo del cielo y de la tierra se dibujaba la perspectiva en cuyo fondo y sobre las asperezas de la sierra se delineaban los blancos contornos de la ermita entre el verde brillante de los pinos que le daban sombra, mientras el valle, adelantándose, abría á derecha y á izquierda líneas uniformes de extensos olivares cubiertos de flor, espesos viñedos que empezaban á cubrirse de pámpanos, y de trecho en trecho levantaban los torcidos troncos de las higueras sus anchas hojas, bajo las que se escondían los hinchados botones, prontos á brotar su primer fruto.

Del mismo pie de la ermita bajaba por toda la pendiente de la sierra un torrente de vegetación,

que, extendiéndose en la llanura, llegaba hasta lamer las primeras casas del pueblo por la parte que daba á la sierra, como si la presencia del santuario fuera la bendición del cielo derramada por aquellos campos.

Doble hilera de álamos marcaba el camino que conducía del pueblo á la ermita.

Todo esto contemplaba yo, agradablemente embebido en el espectáculo que el paisaje tendía delante de mis ojos, cuando oí resonar las notas sucesivas de la escala, formando ese prelude indispensable con que todo instrumento parece que mide la extensión de su voz antes de prorumpir en el canto, del mismo modo que el gimnasta prueba la elasticidad de sus músculos ejercitados, antes de dar principio á la variada serie de sus difíciles equilibrios.

El prelude que acababa de oír me hizo volver la cabeza, pues la música sonaba á mi espalda, y pronto comprendí que detrás de una de las rejas que decoraban la fachada principal de la casa, dedos medianamente ágiles recorrían las teclas de un piano. La vaguedad del paisaje que se alejaba en caprichosas ondulaciones se unía perfectamente á la vaguedad de la música que de tan inesperada manera venía á sorprenderme en mis mudas contemplaciones.

Me acomodé lo mejor que pude, arrellanándome, si puedo decirlo así, sobre el tronco del nogal en que estaba apoyado, ni más ni menos que hubiera podido hacerlo en una butaca del teatro Real en el momento de alzarse el telón.

Por lo que hace á la decoración, cuyo ligerísimo bosquejo acabo de trazar, bien podía competir con el más acabado artificio escenográfico del teatro más opulento de Europa; pero en cuanto á la orquesta,



forzoso me es confesar que no pasaba de los humildes límites de la más modesta medianía. Sin embargo, aquellas notas solitarias me causaron una impresión muy agradable, y poco á poco mis oídos, abiertos de par en par, advirtieron que la naturaleza, con sus múltiples voces, se asociaba al canto del piano, formando un dulce y suave acompañamiento.

¡Ya se ve!: los pájaros gorjeaban, saltando sobre las ramas de los árboles que daban sombra á la reja; el viento suspiraba en las hojas, gemía en los vástagos doblándolos á su paso, y murmuraba á lo lejos al tenderse por los sembrados de la huerta; y, por último, el agua, saltando de un surtidor de piedra, se precipitaba en el cauce, cayendo después en una balsa inmediata, produciendo ese murmullo sordo y continuo esa nota vaga y sostenida, especie de arrullo que tan bien se une al gorjeo de los pájaros y á los suspiros del aire.

Sobre este conjunto armonioso, lleno de misteriosas modulaciones y de caprichosas melodías, se destacaban vivas y brillantes las notas del piano. Parecía que desde muy lejos le enviaba sus voces fugitivas un *armonium* invisible. Tal era, por lo menos, el efecto que en mí causaba la combinación de aquella doble armonía.

Acabóse el preludio, respiró el piano, y comenzó el canto, ese canto sencillo y tierno de *Badarzewska*, que se titula *La oración de una Virgen*. La lentitud del compás daba cierto fervor á la melodía, porque las notas, deteniéndose, parecían complacidas en sí mismas, y el canto, semejante á un largo suspiro, hacía creer que se exhalaba del fondo tranquilo de una conciencia pura.

Hay en esta composición de *Badarzewska* verdadera inocencia; se respira en ella cierto perfume

místico, que aleja el pensamiento de la voluptuosidad de la tierra, de que la música suele ser expresivo intérprete. Muchas veces la he oído ejecutada por manos más diestras, pero en ninguna ocasión ha producido en mi ánimo tan agradable efecto. No sé por qué imaginaba yo que las manos que hacían brotar de las teclas aquellos tonos misteriosos habían de ser las manos de una mujer. Necesitaba yo sin duda esta suposición para que la melodía que embargaba mis oídos me inspirara un interés más vivo; y claro está que, suponiéndola mujer, había de adornarla pródigamente con todos los atractivos propios del caso. ¡Vaya V. á detener á una imaginación ociosa, una vez puesta en el camino de las suposiciones!

De pronto cortó la melodía, cuyo lento compás llevaba yo con mi pensamiento, un gemido ahogado, y volví los ojos hacia la reja, de la cual me ocultaba el tronco del nogal, y vi al pie de la ventana un perro negro de raza indescifrable, en el que, no obstante, un inteligente habría encontrado algo de lo que distingue á la noble raza de los perros de Terranova.

Parado delante de la casa, miraba atentamente á la reja de donde salían los acordes del piano, y movía la cola con íntima impaciencia, como si hubiera visto ú olfateado á algún antiguo conocido. En el movimiento de sus orejas se advertía que escuchaba con atención asidua las acompasadas notas de la melodía, y de sus fauces entreabiertas se escapaba de vez en cuando un aullido sordo, ni más ni menos que si quisiera con su propia voz seguir el canto, para asegurarse de que no era la primera vez que lo oía. Al mismo tiempo levantaba el hocico, buscando en el aire algo que por lo visto no encontraba.



—He aquí (dije yo para mis adentros) un perro filarmónico. Indudablemente la música á las fieras domestica.

Presumí, no obstante, que sería algún perro de la casa, y que en la emoción de que parecía poseído tendría más parte la persona que tocaba el piano que las armoniosas modulaciones que se escapaban de las teclas. El animal comprendía que su ama estaba al otro lado de la reja, y le rendía aquel homenaje, más de sumisión que de arte.

Mas debo advertir que varié de parecer ante una reflexión bastante natural que me ocurrió en el acto. ¿Cómo el perro se detenía absorto delante de la reja, y no entraba en la casa? La puerta que, como dije antes, se hallaba entornada, no le ofrecía obstáculo ninguno. Por otra parte, siendo uno de los habitantes de aquella casita solitaria, debía estar habituado á los sonidos del piano que sonaba al otro lado de la reja, y yo confieso que los ademanes del perro indicaban sorpresa, y aun creo que la música que, si puedo decirlo así, tan religiosamente escuchaba, era en el pobre animal más bien motivo de tristeza que de alegría.

De todas maneras, merecía observarse su actitud, á la vez inquieta y atenta, y yo, inmóvil para no distraerlo, espiaba sus movimientos, buscando en mis conocimientos de Historia natural la explicación satisfactoria del curioso caso que estaba presenciando; pero toda mi ciencia no era bastante, por lo visto, para explicarme la decidida afición de aquel perro á la música. Ello es que las notas le hacían prorumpir en ahogados gemidos, y tuve por cosa cierta que despertaba en el perro dolorosos recuerdos. ¿Por qué no? Estos animales, dotados de particular instinto, ofrecen frecuentes ejemplos de una

memoria que más de una vez echamos de menos en los hombres. Es verdad que los perros no suelen olvidar los agravios; pero es en ellos más difícil todavía olvidar los beneficios. El perro á quien acariciéis una vez, os reconocerá siempre.

Entre todos los animales domésticos, ninguno toma una parte más inmediata, más íntima, en las angustias y en las alegrías de la vida del hombre.

El caballo será más útil, pero el perro es más servicial.

Al caballo hay que domarlo, dirigirlo, tenerlo siempre sujeto bajo la acción del látigo, de la brida y de la espuela, mientras el perro acude voluntariamente á ofrecernos sus leales servicios.

Eso sí: el caballo correrá sin descanso hasta agotar el último aliento por salvaros del enemigo que os persigue, volará mientras respire; pero el perro se dejará despedazar mil veces antes que abandonaros.

El primero de estos nobles brutos es un excelente compañero; el segundo es un tierno amigo.

El perro que yo observaba pertenecía por su complicada especie á la clase de los perros vulgares: había en él algo del noble mastín; mas la naturaleza no le había concedido la arrogante corpulencia de esa noble raza.

Se conocía que era hijo de alguna unión desigual. Tal vez su madre, por un capricho indisculpable, olvidándose de la pureza de la sangre que corría por sus venas, se dejó seducir por algún perro aventurero, indigno de su clase; mas este origen, medio aristocrático, medio plebeyo, no lo excluía de la herencia del noble instinto propio de la raza de su madre.

Era, pues, un perro que, cuando menos, se había